

—¡Qué necedad! ¡fijar en las esquinas de un pueblo los anuncios de los teatros de otro!

—No hay tal necedad cuando esos pueblos se comunican en sesenta y siete minutos.—Leamos el cartel.

TEATRO REAL DE MÓDENA.

GRAN FUNCION PARA HOY 19 DE NOVIEMBRE DE 1860.

LA BELLISIMA TRAJEDIA DEL INMORTAL ALFIERI.

VIRGINIA.

EN LA QUE TOMARA PARTE EL EGREGIO ARTISTA

ERNESTO ROSSI.

*A las ocho y media.*

NOTA.—*La funcion terminará antes de las doce, para dar lugar á que los forasteros puedan volver á sus hogares en los trenes que salen á media noche para Bolonia y Parma.*

—¿Qué me dirás ahora? ¡*Alfieri*, el primer poeta trágico del siglo! ¡*Virginia*, una obra maestra de *Alfieri*! ¡*Rossi*, el mas grande actor de Italia!—¿Te parece poco todavía?

—Estoy convencido: vámonos á Módena.

—¡Cochero; al ferro-carril!

—Pero que no se te olvide que hemos de comer antes de ir al teatro...

—Hombre, descuida en mi prudencia; que yo, aunque aficionado á la poesía, tambien tengo mis puntas de mortal.

CAPITULO VII.

MÓDENA Y PARMA.

I.

*Módena.*—El *Albergo de San Marcos*.—Un poco de historia.—El teatro *ducal*, ahora el *real*.—Recuerdos de *Lilliput*.—El actor *Rossi*.—Un paseo por la ex-córte.—Palacio del ex-duque.—La *Via Emiliana*.

Han pasado dos horas.

Estoy en el que hace pocos meses era *otro reino*.—Estoy en *Módena*.

Escribo estas líneas en el *Albergo de San Marcos*, ó por mejor decir, en una *Trattoria* que hay debajo de él.

Mi equipaje está en el *Albergo*, y yo acabo de comer en la *Trattoria*.

El viaje de Bolonia hasta esta ciudad no merece ser contado.

Lo único que ha habido de notable en él, ha sido su facilidad, su prontitud, su misma insignificancia.

Sesenta y siete minutos de correr por una llanura fertilísima y sobre un ferro-carril enteramente recto...—he aquí todo.

La antigua frontera entre los Estados-Pontificios y el Ducado de Módena, estaba en *Castel-Franco*.

Nosotros nos hemos detenido dos minutos en aquella aldea por la circunstancia de ser hoy estacion del camino de hierro...

Pero allí no hay rio, monte, ni barranco, puesto por la naturaleza, que señale los términos de dos comarcas.

¡Yo no sé si el año pasado correría á lo largo de la pretendida frontera alguna de esas redes que levantan los pastores de trecho en trecho á fin de que no se mezclen sus rebaños!

Módena se asienta en una amplia llanura y está rodeada de fuertes murallas.

Nosotros hemos entrado en ella por la puerta de Bolonia, en que principia el *Corso della via Emilia*, magnífico *boulevard* que atraviesa la ciudad de extremo á extremo.

Este *corso*, (ya lo dice su nombre,) forma parte de la antigua *Via Emilia-na*, construida por los emperadores romanos para poner en comunicacion á Roma con *Ariminum*, (hoy Rimini) pasando por Pisa y Plasencia.

De aquí ha tomado el nombre de *La Emilia* toda la parte de Italia que se estiende entre el Po y el Apenino, desde la region oriental de la Legacion de Bolonia hasta los limites del Ducado de Plasencia.

Módena, por lo que hasta ahora he visto, es una hermosísima ciudad. Las calles, anchas, rectas, enlosadas, algunas con pórticos y todas profusamente alumbradas de gas, estaban hace poco, cuando yo pasé por ellas en busca del *Albergo*, inundadas de transeuntes, entre los que distinguí mucha tropa, mucha milicia y algunos garibaldinos con camisas encarnadas.

Todo el mundo hablaba alto, reía mucho, cantaba fuerte, miraba con arrogancia y andaba con ufanía.... Innumerables organillos, violines y arpas tocaban en todas las calles, (y tocan aun en este momento á la puerta de la *Trattoria*), los himnos patrióticos de que ya os he hablado varias veces. En los balcones ondean mil y mil banderas tricolores (blancas, encarnadas y verdes) con la cruz de Saboya en medio. Las esquinas, las puertas, los carruages públicos, los cristales de las tiendas, todo está lleno de tarjetones con *vivas á Victor-Manuel*... Toda Módena, en fin, está ébria de gozo, loca de amor patrio, olvidada (me atrevo á decirlo) de sus pasados infortunios.

¡Oh! ¡si *Francisco V* viese en este instante á su antigua córte!

A propósito de *Francisco V*, voy á decirlo, (en tanto que es hora de ir al teatro) algunas de las cosas que me han contado varios patriotas de la ciudad, con quienes he comido en mesa redonda, y que empezaron por hacerme algunas preguntas *sans-façon* acerca de mis ideas, para concluir por explicarme familiarmente las suyas.

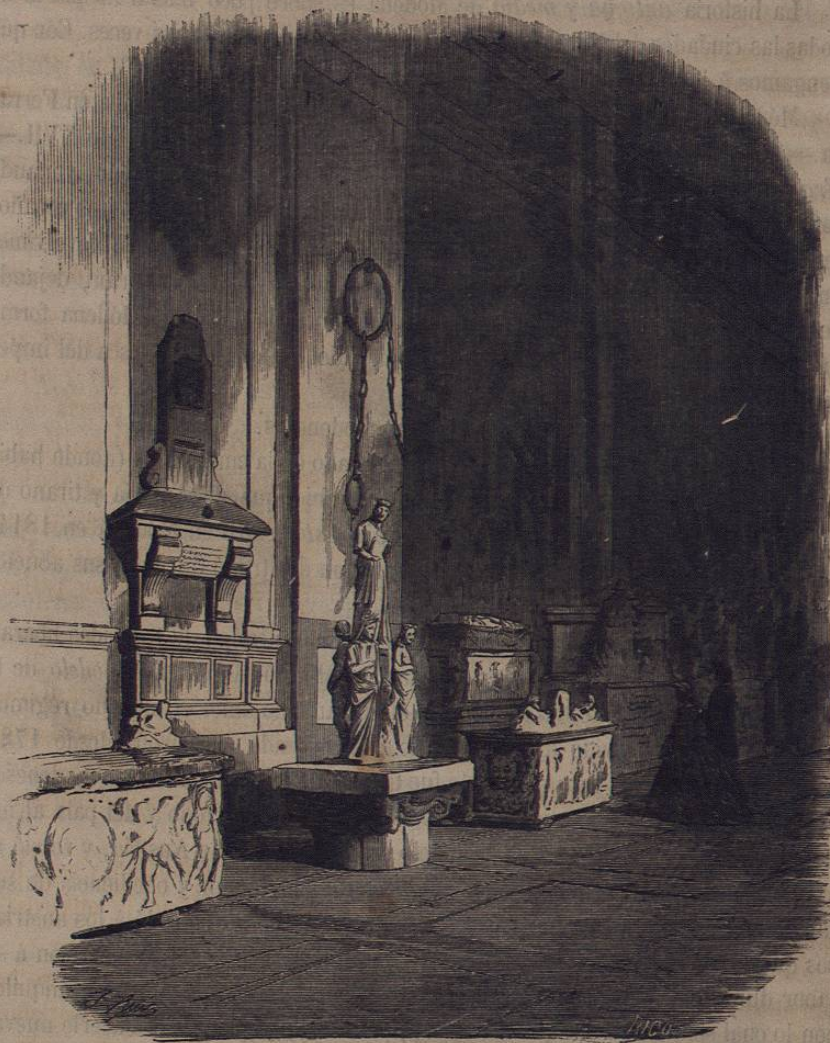
Quien conozca á los italianos, sepa la que es un liberal triunfante y haya tenido que ver con la milicia nacional de cualquier país, no estrañará la improvisada y cordial franqueza que me han dispensado mis comensales...

Con las noticias que me han dado (que están de acuerdo con las que yo he leído antes de ahora) y con lo que vayamos viendo por esas calles, formaremos una completa idea del pasado, presente y porvenir de este diminuto y famosísimo reino.

Pero ya que he calificado el reino, bueno será que recordemos algo de su *lilliputiense* estadística.

El ducado de Módena (comprendiendo en él el Estado de *Massa-Carrara*, que le pertenecía últimamente, tenia diez y ocho leguas españolas de máxima longitud por unas diez y seis y media de anchura. Su poblacion se calculaba hace dos años en 600,000 almas, de las que solo encerraba la capital unas 32,000. La religion del estado era la católica; pero se toleraban las demás, contán-

dose en el ducado 200 protestantes y 2,700 judíos.—El ejército, en tiempo de paz, constaba de 3,500 hombres.—El presupuesto de gastos ascendia á 36.000,000 de reales.—La vid, la seda y la explotación de los célebres



Campo Santo de Pisa.

mármoles de Carrara son los principales productos del país.—El territorio estaba dividido en seis provincias: Módena, Guastalla, Frignano, Garfagnana, Massa-Carrara y Lunigiana, y Reggio.—El gobierno era monárquico absoluto, con cinco ministros y un consejo de Estado.—Un *delegado* administraba cada provincia.—Las ciudades de segundo orden tenían un *podestá*, y las de tercera, un *sindico* (*sindaco*).

Tal era la nacion en que han sucedido las grandes cosas que me acaban de contar y que yo os voy á referir.

Pero antes de hacerlo, recordemos siquiera el nombre de algunos de los ascendientes de los dos últimos duques.

La historia *antigua y media* de Módena es sobre poco mas ó menos la de todas las ciudades del Norte de Italia. Ya la hemos repetido varias veces. Con que vengamos á los tiempos modernos.

Módena se dió en el siglo XIII á *Obizzon II* de Este, que reinaba en Ferrara.—*César de Este* trasladó la corte á Módena á principios del siglo XVII.—*Francisco I*, nieto suyo, compró á España el principado de Correggio, y mandó los ejércitos franceses.—*Francisco III* fue generalísimo de los ejércitos españoles en la guerra de Sucesion, lo cual le costó su ducado, que le devolvimos en la paz de *Aquisgram*.—Su hijo *Hércules III* tuvo que emigrar, dejando sus estados en poder de los ejércitos republicanos de Francia. Módena formó luego parte de la república cisalpina y despues del reino de Italia ó sea del imperio napoleónico.

Con que oigamos ahora á los patriotas modenenses.

*Francisco IV*, nieto de Hércules III, y criado en la emigracion (donde habia reinado nominalmente su padre Fernando, archiduque de Austria y tirano de la Lombardía, casado con *María Beatrice d'Este*) entró en Módena en 1814, á la edad de treinta y seis años, y tomó posesion del trono ducal de sus abuelos maternos.

Este príncipe se mostró desde luego acérrimo enemigo de toda idea liberal, y apoyado en el Austria y en los Jesuitas, estableció el gobierno *modelo* de la *Restauracion*. Nadie fué tan lejos como él en fanático amor el antiguo régimen y en el desprecio y olvido de todo lo que habia pasado en Europa desde 1789 á 1815. Consecuencia natural de esto fue que en 1831 secundaron los modenenses el movimiento revolucionario de Bolonia y arrojaron del trono y del pais al intransigente tiranuelo. Pero este tiranuelo era archiduque de Austria, y volvió al frente de 15,000 tudescos, que le restablecieron en el amor y obediencia de sus súbditos. Entonces empezaron las represalias. Francisco IV mandó á los austriacos que le vengasen, y estos saquearon, incendiaron, hirieron, ahorcaron á su sabor durante algunos meses, hasta que el pais quedó completamente tranquilo, con lo cual se marcharon los extranjeros, prometiéndole al duque hacerle nuevas visitas cuantas veces creyese oportuno afianzar y garantir la felicidad de sus italianos.

Una vez solo entre sus amados súbditos, entre su medio millon de hijos, Francisco IV publicó un manifiesto clasificándolos en cuatro especies: *fidelissimi, fidei, traviati y congiurati*.—A los *fidelísimos* les prometia grandes recompensas: á los *fieles* les aconsejaba que lo quisiesen con mas fervor: á los *estraviados* los compadecia y perdonaba con tal que acreditasen con su conducta un firme propósito de enmienda; y á los *conjurados* les ofrecia ahorcarlos tan luego como los cogiese.—No contento con esto, fundó un periódico, titulado la *Voce della*

*verità*, en que tanto él como su esposa *María Beatrice* escribieron mas de un artículo elogiando su gobierno paternal y jactándose de no haber reconocido á Luis Felipe.

Entre tanto, el Almanaque oficial del ducado ponía entre los reyes reinantes de Europa á Carlos X, que estaba desterrado en Bohemia; á Fernando VII de España, aun despues que habia muerto, y á don Miguel de Portugal, que se hallaba en Módena y se sentaba á su mesa.—Isabel II y María de la Gloria eran para él dos mitos, como Luis-Felipe, como la Revolucion francesa, como Napoleón y sus hermanos, como el siglo XIX, como las ideas y los sentimientos de los ciudadanos de Módena.

Para sostener este anacronismo absurdo, este cadáver de gobierno galvanizado por la demencia, valiése de medios tan terribles como ingeniosos. Entre ellos merece especial mencion el de ganarse á la mas inmundada plebe (*i facchini*) por medio de licenciosas concesiones; regimentarla bajo el mando de un coronel; armarla de bastones, y permitirle apalearse impunemente á los liberales.

Algo de esto se vió en España, al decir de nuestros mayores, no hace muchos años, y de igual modo tambien se mantuvieron en el trono los tres últimos reyes de Nápoles.

Asi las cosas, aconteció que un dia se le antojó á *La voce della verità* llamar *cuadrupede alleanza* á la *cuádruple alianza* firmada entre España, Francia, Inglaterra y Bélgica para asegurar la independencía de esta última nacion y mantener á Isabel II en el trono que le disputaba su tio. La Inglaterra, que llevaba entonces en Europa la voz cantante, sintióse herida por tan grosero agravio y exigió al duque de Módena que suprimiese inmediatamente la *Voce della verità*. Yo no sé en qué términos vendria formulada la exigencia; lo que si puedo decir es que el periódico no volvió á publicarse.

Semejante contratiempo afectó sobre manera al pobre Fernando IV, y desde aquel dia prohibió en sus Estados todo género de publicaciones; *se declaró enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros* (1); negó á sus súbditos el derecho de asistir á congresos científicos internacionales, y murió de tristeza el 24 de enero (¡qué efeméride!) de 1846.—Su esposa, la insigne articulista de la *Voce della verità*, no habia sobrevivido al malogrado periódico.

*Francisco V*, que habia nacido en 1819, heredó á su padre y continuó y aun perfeccionó su política retrógrada.—Antes de subir al trono, escribia ya un opúsculo aconsejando una coalicion contra la Francia. Su grande orgullo consistía en ser feld-mariscal al servicio del Austria y propietario del regimiento de infantería austriaca número 52. Añádase á esto que era archiduque del imperio y que estaba casado con una alemana, y se formará idea del amor que profesaria á los italianos sobre que debia reinar.

Pronto tuvo ocasion de demostrarlo. En aquel mismo año de 1846, Pio IX fue elegido papa é inauguró su gobierno temporal anunciando á la Italia una era

(1) Palabras testuales de un historiador.

de paz y de Independencia, declarándose güelfo, proclamando la fraternidad italiana, abominando de toda presión extranjera en la península cerrada por los Alpes y simpatizando con el incontrastable movimiento de nuestro siglo. Estas palabras arrancaron un grito de amor y entusiasmo á veinte y cinco millones de hombres que hablaban una misma lengua, que tenían una misma sangre, que se sentían animados por un mismo genio... *Italia*, en fin, respondió á la voz del Santo Padre, y los pueblos latinos bendijeron aquel anuncio, y la libertad regocijada se reconcilió con su madre la religión, que en malhora había renegado de ella, y los tiranos, los egoístas, los hombres que no conocieron nunca el amor á la humanidad, sintieron el frío de la muerte en las entrañas, como lo sienten las tinieblas á la aproximación del día.

(Estas frases no son de mi cosecha: las he tomado de labios de mis comensales.)

En tal estado, Francisco V de Módena no vaciló un momento. Declaróse enemigo del nuevo Papa, de las nuevas ideas y del sentimiento patriótico que conmovía á los italianos, opúsose á toda demostración de alegría de parte de sus súbditos, prendió, encarceló, deportó, fusiló á todos los que respondieron al noble grito de Pio IX, y por último, acabó, como acababa siempre su padre en casos parecidos, por llamar en su auxilio á los austriacos.—¡Hizo más! ¡Les vendió la patria!—Firmó un tratado con la corte de Viena en que declaraba á Módena *provincia del Austria*; renunció á la nacionalidad particular modenense, y á la nacionalidad colectiva italiana; se convirtió de duque independiente en prócurador de un soberano extranjero; renegó de la historia de los Este; desheredó á su descendencia; atentó á la obra de Dios... y pretendió y creyó posible trocar en sajones á medio millón de italianos...—¡Ridícula demencia... sino fuese un espantoso crimen!

Afortunadamente, lo irracional y lo inicuo es siempre pasajero. La revolución de 1848 obligó al Austria á concentrar sus tropas en el territorio alemán, que se estremecía como toda Europa, y el duque de Módena quedó en frente de sus súbditos, asistido de los tres ó cuatro mil hombres (tudescos en su mayor parte) que constituían su ejército.

Los modenenses prorumpen entonces en vivas al Papa.

Francisco se encierra en su palacio, alrededor del cual establece sus batallones y su artillería, amenazando al pueblo.

El pueblo no calla por eso; y el duque oye sus gritos que piden *libertad ó muerte*.

—*Antes seré cabo en Rusia que príncipe constitucional en Italia*, contesta furioso el de Este.

Y habla de 300,000 bayonetas austriacas con que cuenta para poner en orden á los revoltosos.

El pueblo le replica haciéndole saber que Bolonia, Milan, Nápoles, Roma, ¡toda Italia! está ya sublevada, y que la revolución triunfa en todas partes.

Entonces transige el duque y ofrece una constitución calcada sobre el Estatuto del Piamonte.

—*¡Es tarde!* responde solemnemente el pueblo, avergonzado ante tanta ambición unida á tanta debilidad.

Francisco V se vió, pues, obligado á partir.

Delante de él salieron don Carlos, el ex-pretendiente á la corona de España, y toda su familia,—de la que forma parte, como ya sabéis, una hermana del duque de Módena casada con don Juan de Borbon.

El pueblo los dejó pasar en silencio.

Luego salieron las princesas.

El pueblo las saludó.

Por último salió Francisco V.

El pueblo le volvió la espalda.

—*Ya tornaré, dijo, y seré constitucional.*

El pueblo se encogió de hombros.

—*Os concedo, añadió el príncipe, una amplia amnistía. Cuando vuelva, no recordaré nada de lo sucedido. Todos estais perdonados.*

El pueblo soltó una carcajada.

Un año despues, vencida la revolución en toda Europa, entraba Francisco V en Módena, al frente de un ejército austriaco, ofreciendo á sus súbditos instituciones liberales y un completo olvido y generoso perdón de las pasadas revueltas.

—*Solo escluré de esta amnistía, dijo, á los pocos, poquísimos jefes y promovedores que estraviaron el ánimo de mi amado pueblo.*

La mayor parte de los modenenses comprometidos en los últimos sucesos desconfió de las promesas del duque y emigró á lejanos países.

Los que creyeron en ellas y se dedicaron en su virtud á redactar proyectos de constitución, á hablar ó á escribir en sentido liberal, viéronse presos y procesados de la noche á la mañana.

Al mismo tiempo el duque desarmaba la milicia nacional; volvía á llamar á sus estados á los jesuitas; decretaba destierros y fusilamientos; resucitaba los hechos del año anterior, á pesar de la otorgada amnistía; declaraba indecoroso para los nobles el asistir á las aulas y el adquirir grados universitarios, y prohibía á la juventud el ir á estudiar fuera del ducado, *temeroso*, decía el decreto, *de que se pervirtiese su inteligencia con las doctrinas del siglo.*

Celoso imitador de su padre, fundó despues un periódico titulado *Il Distributore* (que el pueblo llamó *Il Disturbatore*) en que se vanagloriaba de no haber reconocido á Napoleon III, y en que eran tratados y tenidos como reyes reinantes el conde de Montemolin, el conde de Chambord y don Miguel de Braganza.

Por entonces tuvo y perdió una hija, *de nadie festejada ni sentida.*

Cuando la guerra de Crimea, colocó sus simpatías del lado de los rusos y persiguió y afligió á las familias que tenían parientes en la división piamontesa que se cubrió de gloria en el Tchernaia.